

[137]
A LA CRUZ

CANCIÓN

Árbol divino y santo,
y nunca entre las selvas producido,
fértil y hermoso tanto,
de cuyas ramas vio la tierra asido
el fruto más sabroso, 5
cándido, puro, virgen, limpio, hermoso.

Árbol de la victoria
del Príncipe de paz, ilustre planta,
digna de eterna gloria;
medida que a los cielos se adelanta, 10
pues sobrase a las manos
que pintaron sus orbes soberanos.

Árbol, adonde estuvo
nuestra vela mayor tendida al viento,
por quien la nave tuvo 15
de nuestras esperanzas salvamento,
del Cielo puerta y puerto
por un costado de la tuya abierto.

Ara, donde el Cordero
llegó al cuchillo humilde, manso y mudo, 20
que si el Isaac primero
hallar defensa al sacrificio pudo,
en tí, desamparado,
murió el segundo, de su Padre amado.

Palma santa idumea 25
triunfo del Capitán de nuestra vida,
campo de la pelea,
donde la muerte se rindió vencida;

carro, en que van atados
tales despojos y tan bien ganados. 30

Cruz que, siendo desprecio,
por consagrarte aquel dichoso día,
llegaste a tanto precio,
que se te debe adoración latría,
esos ramos extiende 35
y en su divina sombra nos defiende.

Aquí donde la Esposa,
abrasada en dulcísimos amores,
descansaba gozosa,
haciendo de la mirra de tus flores 40
epítima suave
al corazón que tus regalos sabe.

Aquí descanse el alma,
las fuentes de los ojos den tributo;
en esta fértil palma 45
suba ligera por el dulce fruto:
aquí pues tan opimos
sus ramos dan espigas y racimos.

De ti también desprenda
aquel Cordero santo, aquel divino 50
Sacerdote y ofrenda,
Pan de proposición, valiente Vino,
que a la muerte se arroja,
y la cándida estola en sangre moja.

¡Oh cruz alma!, ¡oh suave 55
camino al Cielo!; ponte intercediendo
como del Cielo llave,
cuando el proceso de mis años viendo
esté quien en ti expira,
en medio de mis culpas y su ira. 60

[138]

A LA TORMENTA DE LA PASIÓN
DE CRISTO

CANCIÓN

La mar ya por los cielos,
pues sus ondas al mismo Dios se atreven,
el sol de rojos velos
cubierto el rostro, las estrellas llueven
lágrimas sobre el polo, 5
viendo a su Autor entre las olas solo;

de suerte se enfurece
con la tormenta y tempestad postrera,
que el árbol se estremece
de la nave Jesús, con ser madera, 10
más que angelín y cedro,
de que se ha de labrar la de san Pedro.

De tres clavos asida
en la cruzada entena la gran vela
quedó toda rompida, 15
que aunque de amor la bomba se desvela
en darla a su costado,
dice el agua que sangre no ha quedado.

No hay norte donde mire
la aguja humana, ni la imán divina, 20
temen que el Sol expire
y corren las estrellas la cortina,
y en confusión tan grave
andan ladrones por robar la nave.

Ya la tartana Judas, 25
que del matalotaje iba cargada,
la fe poniendo en dudas,
en un escollo dio al través turbada,

y por en medio rota
quedó colgada de una gruesa escota. 30

San Pedro, nave fuerte,
que en cualquiera borrasca prometía
ser firme hasta la muerte,
huyó, negó la fe y el mismo día
dio barreno a sus ojos, 35
y anegose en el mar de sus enojos.

Las demás, apartadas
de su piloto por camino incierto,
quedaron derrotadas
hasta que juntas en el dulce puerto 40
les dio aquel Viento Santo
divinos soplos, que abrasaron tanto.

Agua de suerte hizo
la nave celestial Santa María,
que a su llanto deshizo 45
la máquina celeste su armonía,
mas siempre firme tuvo
el árbol, pues en pie constante estuvo.

Que puesto que la vimos
a la nave San Juan encomendada, 50
por ser como eran primos
el maestre y piloto de la armada,
también fue el mismo día
patrona de San Juan Santa María.

Mas luego que amanece 55
el Sol tres horas antes, por pagarse
de tres que se oscurece,
la nave de Jesús vuelve a mostrarse
con mil luces hermosa
del mar de sus pasiones victoriosa. 60

Hácenle todas salva,
 mayormente la nave Madalena,
 que vio surgir al alba
 la que vio sumergida entre la arena,
 dudando solamente 65
 el galeón Tomás que estaba ausente.

Mas tocando el costado
 de la nave Jesús, postrose en tierra,
 y luego al deseado 70
 puerto la Capitana de la guerra
 con señal de las olas
 surgió, llena de rojas banderolas.

[139]

A SAN BENITO CASINENSE, PADRE
 DEL YERMO Y PATRÓN DE LA ACADEMIA
 DE MADRID

CANCIÓN

Cuán bien al solitario
 vuestra alabanza vino,
 Benito, anacoreta soberano,
 si no fuera contrario 5
 serlo vos tan divino,
 como yo he sido solitario humano,
 mas ya que del tirano,
 por quien cantar solía
 en Babilonia fiera mis engaños 10
 la verde primavera de mis años,
 vuelvo a los montes de la sacra Elía,
 adonde sois mi Apolo:
 oíd mi voz, pues va de solo a solo.

Huyendo fue Benito 15
 de la ciudad famosa
 que a siete montes oprimió las frentes

en cuyo gran distrito
 tendió la suntuosa
 fimbria, que idolatraron tantas gentes,
 y cuyos eminentes 20
 muros de piedra viva,
 que fueron por Nerón tan infelices,
 nacieron como pájaros fenices
 en la Iglesia de Cristo primitiva,
 por ver si en soledades 25
 mejor filosofaba sus verdades.

Hallose en el camino
 al celestial Romano,
 a quien comunicó su pensamiento,
 y el auxilio divino 30
 al flaco pecho humano
 bajó volando en sacrosanto aliento;
 hiciéronle aposento
 las piedras de una cueva,
 donde estuvo seguro y escondido 35
 en memoria del Cielo y en olvido
 del mundo, que tras sí las almas lleva:
 que tan distantes puntos
 nunca se parten de una línea juntos.

Dejó los desconciertos, 40
 dejó las dignidades,
 los oficios, los cargos, los gobiernos:
 que están por los desiertos
 mejor que en las ciudades
 los palacios y alcázares eternos. 45
 Los ásperos inviernos
 la nieve le servía
 de blanda cama, y el verano ardiente
 de sombra un árbol, que al cristal corriente
 de un arroyuelo en soledad vivía: 50
 que a quien el Cielo mueve
 el sol es sombra y algodón la nieve.

Tres veces la lustrosa
 corona de Ariana
 en la Libra nació, del cielo adorno, 55
 y en la faz perezosa
 de escarcha siempre cana
 se puso occidental el Capricorno,
 y en el divino torno
 por cuatro tiempos vario, 60
 otras tantas corrió sus paralelos
 el dios que tuvo altar en Delfo y Delos,
 y el arco boreal del Sagitario,
 mientras en esta cueva
 venció Benito la serpiente de Eva. 65

El pan de su comida,
 que en un cordel le ataba
 Romano con piedad y amor notable,
 sustentaba su vida:
 que Benito buscaba 70
 el sustento del alma inestimable.
 Al ayuno admirable,
 en que imitaba a Cristo,
 daba el ángel Romano fortaleza,
 porque si no lo fue en naturaleza, 75
 con ellos en mil éxtasis fue visto,
 que el pan que por consuelo
 envía Dios, también es pan del Cielo.

De este risco salía
 este segundo Antonio, 80
 y por las flores del ameno suelo
 al comenzar el día
 miraba el testimonio
 de las grandezas del Autor del cielo.
 Si en cárceles de hielo 85
 hallaba detenida
 el agua, contemplaba de qué suerte
 detiene Dios un alma que a la muerte

se precipita con veloz corrida,
y al cantar de las aves 90
también cantaba a Dios himnos suaves.

Los animales fieros
a sus pies se inclinaban,
como si fueran tímidas ovejas,
y todos, lisonjeros, 95
sus blancos pies besaban,
calentando su hielo en sus guedejas.
Las discretas abejas
le daban miel silvestre,
formando su admirable arquitectura 100
en los resquicios de la peña dura;
mas él, que despreciaba lo terrestre,
de la oración hacía
maná del alma, que de Dios llovía.

Tres veces importuno 105
fue a Cristo en el desierto
el que quiso en el sol poner las plantas
por pan a Cristo ayuno
le tentaba encubierto,
pero a Benito por la carne tantas, 110
que al fin las suyas santas,
castas, limpias y hermosas,
sobre la cama de una verde zarza
hacen que en sangre aquel ardor se esparza,
y las espinas transformando en rosas 115
blancas y carmesíes,
le ciñeron de perlas y rubíes.

Voló su fama santa
con alas de oro el mundo,
y envidia de los cetros que le rigen; 120
los ánimos levanta
su espíritu profundo,
y por abad de un monasterio eligen

al que tan presto afligen
 los mismos que admiraron 125
 la santidad de su perfecta vida;
 que dándole veneno en la bebida,
 librarse de su imperio procuraron,
 que así tal vez recibe
 muerte del hombre el que entre fieras vive. 130

Mas el abad divino,
 y evangelista nuevo,
 señaló con la cruz el venenoso
 cáliz y ardiendo el vino 135
 rompió el metal de Febo,
 saliendo a ser testigo vergonzoso.
 Tal dicen que el hermoso
 unicornio, bebiendo
 en los arroyos de las turbias fuentes,
 arroja de las aguas las serpientes, 140
 que a la margen opuesta van huyendo,
 y la ponzoña fiera
 se pega en negra espuma a la ribera.

Volvióse a su desierto
 huyendo de los hombres. 145
 (¡dichoso el que vivir sin ellos puede!)
 pero por el incierto
 monte con dulces nombres
 le piden que otra vez con ellos quede.
 Piadoso lo concede, 150
 vuelve al fin y edifica
 doce templos a Dios y el simulacro
 del monte Casinense a Apolo sacro
 derriba, y al divino culto aplica
 del santo cuya capa 155
 cifró más cielo que en su esfera el mapa.

Porque su profecía
 Totila, godo, arguya,

- el término le dijo de sus años
 y conociendo el día 160
 dichoso de la suya,
 hizo para mayores desengaños
 de propios y de extraños
 abrir su sepultura,
 y él mismo, entrando a recibirla dentro, 165
 esperó de la Parca el dulce encuentro
 y, bañada de luz, el alma pura
 fue vista en presto vuelo
 pisar el sol y penetrar el Cielo.
- ¡Oh Padre soberano, 170
 bendito en nombre y obras!,
 nuestra Academia en protección aceta;
 reparte de tu mano
 aquella luz que cobras
 de quien la puso en el mayor planeta. 175
 Tú, pues eres profeta,
 y en dulce verso escriben
 los que celebra la Escritura santa,
 nuestra humildad a tu valor levanta,
 que si en la soledad las Musas viven, 180
 por solo y sin testigo
 de hoy más las nuestras vivirán contigo.

[140]

AL ÁNGEL DE LA GUARDA

CANCIÓN

- Aquel Señor eterno
 defensa puso en todas las edades,
 luz, amparo y gobierno,
 porque si Dios no guarda las ciudades,
 y su defensa tarda, 5
 en vano el hombre las defiende y guarda.

Tú de la Jerarquía
 primera en la milicia soberana,
 desde el primero día
 que cayó de la luz de la mañana 10
 aquel lucero hermoso,
 ya noche de temor caliginoso,

fuiste constituido,
 ángel divino, para guarda nuestra;
 y porque defendido 15
 de tu divina y poderosa diestra,
 no tema el hombre humano
 las asechanzas del dragón tirano;

que puesto que su frente
 rompió la Virgen, que del Sol vestida, 20
 fue soberano Oriente
 del que nos trujo con su luz la vida,
 después de aquella inmensa,
 nos fue la tuya celestial defensa.

A su planta de nieve 25
 debemos el primero vencimiento;
 ahora a ti se debe
 en la guerra de nuestro entendimiento,
 voluntad y memoria,
 por tus inspiraciones, la victoria. 30

¡Oh tú, soldado hermoso,
 que coronado de diamantes puros,
 con brazo poderoso,
 alta la espada, nos fabricas muros
 de tus fenicias alas, 35
 y del altar del alma incienso exhalas!,

pues conducir al Cielo
 quien goce tu Señor es tu cuidado,
 cuando se rompa el velo
 y el espíritu corra desatado 40

de la prisión que vive,
de tus victorias el laurel recibe.

Tus dorados cabellos
corona, ¡oh capitán de nuestra vida!,
de mil jacintos bellos, 45
que los que por tu mano esclarecida
la del Cielo tendremos,
accidentales glorias te daremos.

[141]

A SAN JULIÁN, ARZOBISPO DE TOLEDO,
PATRÓN DE LA ACADEMIA DE MADRID

CANCIÓN

Divino Julián, esta Academia,
que por el móvil de su esfera ausente
detuvo el curso, ya en presencia suya
sus hijos llama, sus trabajos premia,
el día elige y quiere que a su frente 5
el debido laurel se restituya,
a milagro atribuya
que el primero patrón del primer día
que se trata de estudios de poesía,
sea tan gran poeta como santo, 10
pues siéndolo vos tanto,
vos, toledano archimandrita, solo
seréis su protector, seréis su Apolo.

¿Quién no dirá que el Cielo favorece
esta junta de ingenios virtuosos, 15
pues sale Julián a ser su amparo?,
y los primeros versos que le ofrece,
son a un poeta que a los más famosos
vence en estilo superior y raro.
¡Oh sol divino y claro!, 20

tended los rayos y las vivas llamas
 del libro de los himnos y epigramas,
 que con tan alto método escribisteis,
 pues arte en él nos disteis
 para saber en tantas diferencias 25
 loar vuestras virtudes y excelencias.

El número de libros, sin los versos,
 que pasan de cincuenta, pastor santo,
 os alabe en el mundo y no los míos,
 que cuando fueran cándidos y tersos, 30
 como los que celebra Esmirna tanto,
 dieran a vuestro mar humildes ríos,
 nieve a los scítas fríos,
 fuego a los indios, a la fama envidias,
 pintura a Apeles, mármoles a Fidias; 35
 pero si no es posible,
 por ser vuestro valor inaccesible,
 la voluntad es digna de alabanza,
 pues a obligar a Dios que os hizo alcanza.

En el concilio del rey godo Egica 40
 entre sesenta y seis obispos santos
 presidisteis, Julián, y allí mostrasteis
 con elocuencia tan profunda y rica,
 con tales pruebas y argumentos tantos,
 la católica fe que profesasteis, 45
 que a Roma asegurasteis
 lo que escribisteis de las Tres Personas
 y un Dios, que os dio en el mundo mil coronas,
 pues viendo Justiniano,
 su César, y el Pontífice romano 50
 la verdad clara, el uno os autoriza
 y el otro vuestro libro canoniza.

Humilla, ¡oh gran Toledo!, la famosa
 cerviz llena de casas a quien hace
 collar el Tajo en círculo corriente, 55

y esa montaña al parecer fragosa,
 sobre cuyos extremos el sol nace,
 vanagloriosa de ceñir tu frente,
 al patrón excelente,
 al escritor, al célebre poeta, 60
 al prelado de vida tan perfeta,
 que a la Iglesia de España,
 que amenazó ruina tan extraña,
 tuvo con su virtud, haciendo en suma
 columna fuerte de su docta pluma. 65

No menos tú, pequeño Manzanares,
 mas no el menor de los que al Tajo ofrecen
 tributo en flores y en cristal sonoro,
 tus márgenes derriba a sus altares,
 en cuyos pavimentos resplandecen 70
 los rayos de su bulto en nichos de oro.
 Y tú, que al gran tesoro
 del toledano erario tantos diste,
 en vez de la esmeralda y amatiste,
 el rubí y el diamante, 75
 acepta el mirto y el laurel triunfante,
 el lirio azul y la sangrienta rosa
 y la azucena castamente hermosa.

Toma en tu protección estos que aparte
 del vulgo se retiran al asilo, 80
 templo de la virtud, para que tengan
 ejemplo, genio, luz, preceptos, arte,
 elocución, facilidad y estilo,
 con que a la cumbre más difícil vengan,
 y que no los detengan 85
 los cortesanos sátiros y Apolos
 preciados de saber para sí solos,
 Zoilos y Aristarcos,
 cuyas lenguas son flechas de sus arcos:
 que la virtud que al premio se retira 90
 mejor vence la envidia que la mira.

Canción desnuda de arte y de elegancia,
 confiesa tu ignorancia,
 y a un poeta tan santo,
 pues pocos de ellos suelen serlo tanto, 95
 pide perdón, que donde está, bien creo
 que sabe lo que vale un buen deseo.

[142]
 A LA MUDANZA

CANCIÓN

¡Oh tú, de todo el mundo
 siempre vituperada,
 y desde su principio aborrecida,
 pues hasta en el profundo 5
 fuiste y serás llorada,
 con no te ver jamás arrepentida!
 ¿De quién favorecida
 podrá mi humilde pluma,
 equívoca Mudanza,
 hablar en tu alabanza, 10
 aunque de paradójico presuma?,
 o ¿quién de polo a polo
 será a mis versos y a tu elogio Apolo?

¿Qué fuente favorable
 querrá con agua infusa 15
 bañar mi ingenio en tu alabanza impropia?,
 ¿qué dama tan mudable
 elegiré por musa,
 que quiera serlo en la mudanza propia?,
 ¿qué Scitia, qué Etiopia 20
 en fuego o nieve cría
 esta dudosa esfinge?,
 ¿quién te da forma o finge?,
 pero si puedes ser ángel y arpía,

yo te daré sentido 25
 con que merezcas el favor que pido.

No cantaré la guerra
 en que el lucero hermoso,
 rebelde a Dios, mudó de las estrellas,
 que desde el sol destierra 30
 al centro riguroso,
 la celestial tercera parte de ellas;
 ni aquellas luces bellas,
 en tinieblas mudadas,
 y su ingenua nobleza 35
 en la mayor bajeza,
 ni las edades santas transformadas,
 después de aquel destierro,
 la de oro en plata y la de plata en hierro;

no la nueva mudanza 40
 de la dodónea encina,
 en la dorada Ceres abundante;
 no la pura templanza
 del agua cristalina
 en el licor dionisio, alegre amante 45
 de Venus ya triunfante,
 el trato puro en oro
 de moneda labrada,
 la libertad en leyes
 y la igualdad en reyes, 50
 la pacífica oliva en roja espada,
 la memoria en olvido,
 y amor desnudo en interés vestido;

no el albergue enramado
 en dóricas columnas, 55
 la cerca del arado en fuertes muros,
 el virgen mar pisado
 con casas importunas,
 trocados en ciudad sus vidros puros,

los caminos seguros 60
en homicidas manos,
la verdad en cautelas,
la desnudez en telas,
la sangre de los nobles en villanos,
la herencia en largas sumas 65
de pleitos, de causídicos y plumas;

no los pajizos techos
en árboles dorados,
y en jaspes las alfombras de las flores;
no los amantes pechos 70
en odio transformados,
la música del agua y ruiseñores
en roncós atambores,
sino aquella mudanza,
concierto y armonía 75
del mundo que vivía
en esta felicísima esperanza,
mudando Dios su nombre
en el de esclavo y la Palabra en hombre.

Esta Mudanza sola 80
te puede honrar, mudanza,
si alguno tu valor ha puesto en duda,
y adonde se acrisola
lo más que amor alcanza:
que el pan en Dios se transustancia y muda. 85
También tu fuerza ayuda
trocar la vida en muerte,
de quien quedó vencida,
restaurando la vida
y la cadena del infierno fuerte 90
en palma de victoria,
la tierra en cielo y nuestra pena en gloria.

A la común bajeza
la inmensidad postrada,
mudó su corte y comenzó a vestirse; 95

pasmó naturaleza,
 cuando se vio endiosada,
 y la virginidad y el parto unirse
 sin poder dividirse;
 mudose el león airado 100
 en cordero vendido;
 no apólogo fingido,
 sino libro tan cierto que, llevado
 al sacrificio mudo,
 abrir sus sellos solamente pudo. 105

La celeste armonía
 en mudanza se funda,
 pues el primero móvil la gobierna;
 la noche sigue al día,
 su luz del sol redunda, 110
 que nunca para su carrera eterna:
 dora la Virgen tierna,
 ilustra el peso Astreo,
 el Escorpión calienta,
 el Sagitario alienta, 115
 enrubia en su cabello Didimeo
 la blanca plata a Hidroco,
 que no hay solsticio que le pare un poco.

¿Quién dirá de la luna
 la condición mudable?, 120
 las aguas hablen, pues que lengua tienen,
 y las plantas, que alguna
 ya puede ser que hable,
 pues de oloroso llanto se mantienen,
 aunque remisos vienen 125
 los planetarios cielos
 con el tiempo a mudarse,
 y él mismo a conservarse
 al discurrir el sol sus paralelos
 haciendo sucesivo 130
 que del que ya murió se engendre el vivo.

Muda el invierno frío
 su hielo en primavera;
 muda el verano, de la tierra espejo,
 su lustre en seco estío; 135
 pasa la edad ligera;
 el niño es hombre, el hombre es viejo, el viejo
 muda el brío en consejo;
 la flor que aromatiza
 en fruto el árbol trueca, 140
 la rama en leña seca,
 la leña en fuego, el fuego en su ceniza,
 del Fénix nacimiento;
 múdase en tierra el agua, el agua en viento.

La sequedad transformas 145
 en rayo furibundo;
 tú guías el progreso de los años,
 tú nuestra vida informas,
 ¡oh siempre en todo el mundo
 cristal de los humanos desengaños! 150
 Tú de reinos extraños
 fabricas propios reyes;
 tú los humildes subes,
 tú bajas de las nubes
 los que derogan y establecen leyes; 155
 tú, en esto sola estable,
 no te puedes mudar de ser mudable.

No hay cosa humana fuerte,
 porque a todas alcanzas:
 la vida toda, en guerra convertida, 160
 milita hasta la muerte
 sujeta a mil mudanzas,
 y la muerte también se trueca en vida.
 Mal quedas definida,
 infinita mudanza, 165
 mas yo quedo contento;
 que tu conocimiento

mudó mi antiguo error a la esperanza
de un bien en que no hay duda:
porque, fuera de Dios, todo se muda. 170

[143]

AL ILUSTRÍSIMO CARDENAL
DE TOLEDO, DON BERNARDO DE SANDOVAL
Y ROJAS, EN LA TRASLACIÓN DE LOS HUESOS
DE SUS PADRES Y HERMANOS
A SU SANTA IGLESIA Y ENTIERRO

CANCIÓN

Humillen a tu nombre soberano,
ilustrísimo príncipe, las frentes
los montes, a quien diste gloria tanta
y al levantar de la sagrada mano,
postrando las cervices eminentes, 5
besen del pie crucífero la planta;
abra tu iglesia santa
nuevas puertas insignes que coronen
arcos de más grandeza y hermosura
que vio romana y griega arquitectura, 10
a tu ilustre piedad, aunque perdonen
tantos antecesores,
en la sagrada Antigüedad mayores,
que en lo demás con tu divino celo
dieras envidia, a permitir la el Cielo. 15

Tu sangre, esta ciudad, su templo santo,
el Cielo, el mismo Dios honor recibe
del que das a tus padres generosos;
tu sangre, aunque en los huesos
[que honras tanto
Fénix nobleza entre cenizas vive, 20
y esta ciudad con huéspedes dichosos,
su templo en los famosos
pirámides más altos que las palmas;
y el cielo, donde pisan las estrellas

coronadas del sol puras y bellas, 25
 por dar accidental gloria a sus almas,
 y el mismo Dios que mira
 en sacrificios de esta sacra pira
 su divino precepto satisfecho
 de honrar los padres, como tú lo has hecho. 30

Divida el edificio suntuoso
 las mayores reliquias de los Cielos,
 las mejores cenizas de la tierra,
 pues al valor tres veces generoso
 de los claros marqueses, tus agüelos, 35
 se admira España en paz, se humilla en guerra.
 No vanamente encierra
 esta joya de jaspes mausoleos,
 felicísimos príncipes adorna,
 con que la antigua maravilla torna 40
 católicos los bárbaros trofeos
 tan a gusto del Cielo,
 que dio a los montes de su patrio suelo
 mármoles nunca vistos, cuyos riscos
 hiciesen sus entrañas obeliscos. 45

Guardaba el Cielo al ínclito Fernando
 y a la siempre clarísima heroína
 puro crisol de su apellido augusto,
 María ilustre, a quien está envidiando
 por el valor de su virtud divina 50
 toda la Antigüedad honor tan justo.
 Pudiera el tiempo injusto,
 sepultar las cenizas paternas
 en las urnas ingratas del olvido,
 pero con tus virtudes no ha podido, 55
 pues dejás con memorias inmortales
 sarcófagos tan altos,
 que en ellos quedan los elogios faltos,
 y dice más que letras e inscripciones
 esta muda grandeza en que los pones. 60

Bien merecieron padres por quien fuiste
 el más excelso príncipe que tiene,
 después del Pescador, la Nave santa,
 el inmortal descanso que les diste, 65
 pues dice Dios que a conocerse viene
 del fruto fertilísimo la planta;
 paterno amor no espanta,
 que como de su fuente procediendo
 pasa del padre al hijo, pero admira
 que retroceda, como en ti se mira, 70
 y que la deuda estés reconociendo,
 tan bien agradecida,
 que hoy a quien te la dio vuelves la vida,
 pues nuevo ser y nueva vida adquiere
 quien vive en tanto honor después que muere. 75

Este espejo de armar los desengaños,
 este jardín de pórpidos lucientes,
 los arcos, cuadros y las venas, flores;
 esta silla inmortal contra los años,
 y presencia real de los ausentes, 80
 ocaso revestido de colores,
 monte para pastores,
 que nacieron de príncipes tan claros,
 sepulcro de la humana monarquía
 justamente a tu sangre se debía 85
 contra los siglos de memoria avaros,
 que no era bien que fuera
 trianos, aunque noble, corta esfera
 de cuerpos que pudieran, por ser tales,
 ocupar epiciclos celestiales. 90

En nido humilde el pájaro piadoso
 los ya débiles padres acompaña
 a la deuda común agradecido,
 y con doradas alas oloroso
 túmulo enciende el ave que el sol baña, 95
 padre a sí misma, sepultura y nido;

levanta, esclarecido
 pastor, la nueva patria en que te espera
 vida inmortal, y en jaspes, no en olores,
 forma breves esferas superiores 100
 al fácil curso de la edad ligera
 adonde te reciban
 tus claros padres y, aunque muertos, vivan,
 que el Sol que ha de bañarte, puesto en frente,
 de brazos de su madre forma Oriente. 105

Sobre pilastras donde el jaspe al oro
 conceda por favor los capiteles,
 pondrá los pies la Reina, a quien la luna
 los besa humilde y por mayor decoro
 Querubines con bocas de claveles, 110
 sin que se excepte Jerarquía ninguna.
 Esta hermosa coluna,
 que sustentó la piedra entre sus manos,
 que del monte de Dios salió sin ellas;
 ésta, a quien hacen arco las estrellas, 115
 y lo fue de la paz de los humanos,
 esta Puerta del Cielo,
 que sólo el Sol entró su intacto velo,
 será de este edificio y sacro erario
 arco, puerta, columna y mármol pario. 120

Aquí tendrás las prendas de quien fuiste
 última vida y tres hermanos tales,
 que este inmortal honor les viene estrecho;
 y aquí, por quien España siempre triste
 humedece los secos arenales 125
 del África, tuvieras aquel pecho
 por mil partes deshecho
 de la saeta alarbe y fresno moro,
 del valeroso joven don Gonzalo,
 cuyas fortunas al valor igualo. 130
 Pero trocando amor las flechas de oro
 con la que a todos llama,

gozó en estéril tierra fértil fama,
haciendo a su sepulcro en las entrañas
jaspes de sangre y mármoles de hazañas. 135

El otro valeroso caballero,
a quien el mar inglés dio sepultura,
coronando de perlas y corales
el fuerte cuerpo y el lustroso acero,
llorosas de su edad y su hermosura 140
sus ninfas, entre cándidos cristales,
con laureles navales
honraras tú, Bernardo generoso,
si pudieras trocar a sus arenas
cuanta plata producen indias venas; 145
mas bien podrá tu corazón piadoso
darle el honor debido
con la memoria que no cubre olvido
para que sepa el más distante polo
que no es tu premio el de las letras sólo. 150

Goza mil siglos, ya por ti dorados,
esclarecido príncipe, este día
en que siendo las pompas funerales
trágicas a los hombres engañados,
te damos con aplauso y alegría 155
de exequias tristes parabienes tales.
Plega al cielo que iguales
los años de Nestor y que tu nombre,
con el tiempo veloz corra parejas;
no sólo en cuanto beben tus ovejas, 160
el claro Tajo tu grandeza asombre,
pero del mismo estilo
se cuente por las márgenes del Nilo:
que mi humildad, a quien tu amor inflama,
será pluma en las alas de tu fama. 165

Canción desnuda de artificios vanos,
a las heroicas manos

de Alejandro español y dueño mío,
 como el cristal del labrador, te envío,
 que en sus grandezas veo 170
 premiado solamente mi deseo.

[144]

A LA MUERTE DE LA REINA NUESTRA SEÑORA

CANCIÓN

A los arcos, pirámides y puertas,
 por donde entró la luz que llora España,
 halló mi amor, Filipe soberano,
 para cantar las de Helicón abiertas, 5
 adonde Febo los ingenios baña,
 dulce verso mi voz, plectro mi mano,
 y en el que de Trajano
 la gloria, aunque español, oscurecía,
 dulces epitalamios mi deseo
 propuso a tu himeneo, 10
 mas hoy que de la luz se acaba el día,
 al plectro y a la voz, cuando se parte,
 sobrando la materia falta el arte.

Entró por cercos de oro Margarita 15
 como el aurora de tu sol bañada,
 pisando perlas y aumentando flores;
 tu patria, a quien la envidia solicita
 bienes para perder, y coronada
 de triunfos Roma y de arcos vencedores
 sus jaspes, sus colores, 20
 su eterno bronce y mármoles de Paro,
 dorados anaglifos e inscripciones,
 laurel de mil naciones
 rindió a las letras de su nombre claro,
 juzgando, ¡oh gran Filipe!, a mayor gloria, 25
 de una estrella del cielo la victoria.

Mas hoy que sale en sombra tu luz santa
 por edificios tristes, aunque píos,
 vestidos de dolor, de llanto armados,
 iban cubiertos de tristeza tanta 30
 al mar de tu dolor comunes ríos,
 cuantos dejó su muerte lastimados,
 y los aires turbados
 tan peregrinas impresiones miran,
 que entre luces y fúnebres clamores, 35
 en trágicos olores
 sabeos gomas blandamente espiran,
 ¿quién será tan osado, quién tan fuerte
 que cante en versos élegos su muerte?

Desigual es mi voz, torpe mi lira 40
 para cantar a ti, Fénix ya solo,
 que no ha mucho que igual tuviste, viendo
 tu nido augusto, que ha trocado en pira
 el breve hijo del Sol a nuestro polo
 de partes de tu sangre ennobleciendo. 45
 Llorando ni escribiendo
 hallo consuelo a tu dolor; consulta,
 ¡oh Felipe!, tu claro entendimiento,
 o pide sentimiento,
 pues del tuyo a tus ángeles resulta, 50
 y por una que pierdes, infinitas
 te darán en su llanto margaritas.

Cuando a tu pura luz, pechos turbados
 a tu estrella, Señor, que las nocturnas
 vistió de luto, eterno asiento dieron, 55
 los cuerpos de los césares pasados,
 estremecidos en las sacras urnas,
 lugar a quien honró su sangre hicieron;
 parece que gimieron
 sus efigies por una y otra parte, 60
 correspondiendo a su dolor entonces
 animados los bronces,

posible a amor, lo que imposible al arte,
luego será mi llanto humilde pompa
para ofrecerte, aunque los aires rompa. 65

Cual suele en torno de álamo frondoso
el ruiseñor con dulce voz quejarse
del cazador solícito, que cuando
miraba el edificio artificioso
de su nido amoroso dilatarse, 70
el salitrado polvo disparando,
hizo quedar temblando
los hijos que llamando al padre gimen,
cuya esposa, que el plomo hirió violento,
tiñó de sangre el viento, 75
tal imagino que en el cielo imprimen
tus quejas su dolor; mas, ¡ay!, que veo
que puerta celestial no admite Orfeo.

Perdiste tú, perdió tu reino, España,
y cuanto cerca el Austro y mira el clima 80
antípoda a tus pies, la más preciosa
prenda que del poder nos desengaña
de aquella fiera que ninguno estima.
Perdone la Católica famosa,
que tú más gloriosa 85
en menos tiempo su blasón mereces,
¡oh Reina!, que muriendo en todos vives;
ni mueres, pues recibes
vida inmortal, mas en tu sol padeces
un breve eclipse que te esconde al suelo, 90
clara a la parte superior del cielo.

Pirámide parece que tocando
su punta al cielo, aunque a la tierra asido
en siete basas de sus hijos bellos,
extremos tan distintos igualando 95
su espacio de una línea dividido,
lo mismo que llevó, te deja en ellos;

quitó de sus cabellos,
 Filipe, tu corona Cloto airada,
 mas no te pudo ser tan atrevida, 100
 que no dejase vida,
 centella de su golpe separada,
 de suerte que en Alfonso que te deja,
 deja la vida que de ti se aleja.

Mas, ¿cómo puede ser consuelo grande 105
 un consuelo, Señor, recién nacido
 que, oscureciendo el mundo a la luz sale,
 no que viviendo sin recelos ande
 del daño que causó, pues tanto ha sido
 que es más lo que costó que lo que vale? 110
 Pues no hay valor que iguale
 pérdida igual, a tu valor apela,
 a tu grandeza misma te retira,
 pues eres Sol, tú mira
 qué sujeto del mundo te consuela; 115
 corre el helado clima y el adusto
 si yedra esperas de tu muro agosto.

En tanto bien sé yo que el africano
 bárbaro tiembla, porque alcance parte
 de tu dolor a su campaña inculta, 120
 y que te piensa ver el otomano
 en tierra y mar, en uno y otro, Marte,
 adonde Carlos su valor sepulta;
 que ya no dificulta
 que el regalado cuello te encadene; 125
 dichoso tú que das en tus tristezas,
 que no con tus grandezas,
 materia de temor, pues ya le tiene
 pensando en mil congojas y desmayos,
 Júpiter español que formas rayos. 130

Ya le parece que tus naves cortan
 el campo azul del alterado Atlante
 y aseguran el Jonio y el Tirreno,

que los contrarios vientos se reportan
 y que pones la planta en su arrogante
 cuello, hasta agora de despojos lleno, 135
 y el mismo mar sereno
 parece que te espera y se levanta
 de ola en ola a mirar si a sus riberas
 se acercan tus banderas, 140
 y cuando lloras tu desdicha tanta,
 y al ara sacra tu piedad te inclina,
 teme del Asia la fatal ruina.

Consuelo no será que, armado, oprimas
 el ligero bridón, ni que en la nieve 145
 sigas la estampa del montés cerdoso,
 mas será diversión, si no es que estimas
 tu misma pena y quieres que te lleve
 de un pensamiento en otro lastimoso.
 ¡Oh tú, joven lloroso, 150
 junta las siete partes de tu vida
 entre tanto que reina en mayor polo
 en un sujeto solo,
 pues en ellos la tienes dividida;
 tu espejo se quebró, tus hijos bellos 155
 pedazos suyos son, mírate en ellos!

Corona de ciprés, lúgubre España,
 tu frente en tanto que la piedra escondas
 que te sirvió de estrella, norte y faro,
 desde la mar que las columnas baña, 160
 hasta el espejo de sus claras ondas;
 llore la Religión su muerto amparo,
 lamente su reparo
 la Pobreza común en sus oídos,
 la Honestidad sus leyes y preceos 165
 y vosotros, efetos
 de tan divina causa procedidos,
 creced aprisa, porque España pueda
 cobrar lo que perdió, pues en vos queda.